

## Contubernio electoral

Dice García el de Gobernación que no hay nada de coalición monárquica para las próximas elecciones municipales, pero se pone al habla con el gran muñidor Romanones, que, después de la famosa profecía de Abril, abandonó la Corte en automóvil cuando vió el pleito completamente perdido, y entre los dos barajan nombres, estudian el Censo, combinan nombramientos de tenientes de alcalde y llevan á efecto el montaje de la máquina en colaboración con Romero Robledo, que desde San Sebastián dirige órdenes á sus amigos, aconsejando como medida salvadora el nombramiento de dos personas de su intimidad para las alcaldías de Madrid, donde mayor fuerza tienen los republicanos y donde fueron las protestas contra la gestión de aquel Ayuntamiento que presidió Bosch, y á quien residenció Dato por orden del entonces su jefe el actual presidente del Consejo de ministros, en el famoso expediente causa de la disidencia Silvela y bandera de su agrupación, á la que dió el nombre de *selección conservadora*, y de la ruidosa manifestación de Diciembre de 1895.

Galvez Holguín, el maldito contra el que fulminaron los rayos de todas las indignaciones de Silvela y Villaverde, teñidamente acusado por el actual jefe del partido conservador y por su lugar teniente, es hoy el hombre mimado del presidente del Consejo y la persona que más distinciones merece del actual Gobierno, porque en él confían como gran elector acreditado, para evitar la caída del Gobierno, y acaso el hundimiento de alguien que no sabemos si en los momentos actuales seguirá anatematizando al que intentaba en reciente época se le aplicaran todos los rigores de la Ley con todas las formas del castigo.

Pretenden los agradecidos y los favorecidos del Gobierno que con la composición del nuevo ministerio se ha llegado á la unidad de todos los elementos del antiguo partido conservador que acaudilló Cánovas, con más las fuerzas políticas que dirige Maura, y que esto da al Gobierno una gran autoridad y una influencia en todas las fuerzas monárquicas y antirepublicanas para luchar con ventaja en las elecciones próximas.

Lo mismo que solicitamos en Abril una coalición de todas las ramas monárquicas contra los republicanos unidos, lo deseamos ahora para que nuestro triunfo sea más sonado y más profunda la impresión en ciertas regiones, y el efecto en el extranjero, donde se nos mira con tanta simpatía, deseando la ratificación de la victoria de Abril con el segundo ruidoso triunfo en los próximos comicios.

Peró el Gobierno no va á poder darnos ese gusto, porque el silencio calculado de algunos personajes liberales, la franca resistencia, mejor, la terminante negativa de los demócratas monárquicos á darle gusto, y lo que es más triste para los ministros, la actitud de clara oposición á sus planes de ese grupo importante de la mayoría que acaudilla Maura con la cooperación de Silvela, son la condena más terminante de la política aventurera de Villaverde, que aspira á la dirección suprema de todas las fuerzas conservadoras, oponiendo á la política del Gobierno caído en materias electorales la suya de vencer á todo trance, cueste lo que cueste y suceda lo que suceda.

Por esto, sin reparar en medios y arrojando la careta, no se coaliga, sino que se somete y se entrega á discreción á sus antiguos enemigos, por su fama acreditada de muñidores y grandes electores.

¡Y pide un periódico que se aparte de la política de los concejos! Siempre el que

está arriba le molesta que los que viven á la intemperie suban al piso para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

Como ninguna otra, y más que todas, son políticas las elecciones municipales, porque en el Municipio está el órgano principal de la vida nacional, y todos sus servicios, desde el de la Higiene y saneamiento hasta el de instrucción y moral, políticos y muy políticos son, porque los demócratas somos la contraposición de los monárquicos, de los clericales y de los doctrinarios en todo cuanto se relaciona con la administración de los pueblos.

Si, el Gobierno va á un horrible contubernio, en el que no sabemos qué habrá que admirar más, si los atropellos y coacciones de todo género, ó la farsa hipócrita de todas las mixtificaciones; por eso Maura se cura en salud á tiempo, algunos liberales guardan silencio sospechoso, y los demócratas condenan el nefando pacto.

A. A.

## Nota del día

Estaban conversando dos hijos del pueblo, dos mozos de café, y junto á ellos, formando corro, ocupaban su sitio respectivo varios de sus compañeros....

Dilucidábase qué catástrofe era más horrenda, si la ocurrida en España sobre el río Najerilla, ó la acaecida en París con el ferrocarril Metropolitano.

A primera vista, ó á las primeras palabras, me convencí de que se trataba de dos españoles, uno, conservador y bien avenido con su suerte, y otro, revolucionario *euragé*.

El primero, y más anciano, parecía bien quisto con su suerte.... ¡tendría buena parroquia!

El segundo era uno de esos españoles modernizados, que no tienen, ó no quieren tener, el orín patrio, y que dicen la verdad aunque el marchante no le dé propina.

—¡Luego dicen—exclamaba el primero—que sólo en España suceden barbaridades! ¡En todas partes cuecen habas!... Esa catástrofe ocurrida en París es mayor y más grande que todas las acaecidas en España.

El segundo, el español sin orín patrio, el hombre moderno, aunque camarero de café, le replicó tranquilamente:

—Mira, Antonio, no habes tú de eso. ¡Catástrofe mayor ni mas vergonzosa que la de Cuba y Filipinas no la ha habido en ninguna nación!

Se hizo el silencio como por ensalmo. El camarero mas anciano, mudando de color el rostro y bajando la cabeza tristemente, se limitó á decir:

—¡Es verdad!... ¡A mí murió mi hijo!

La reunión permaneció muda.

Uno y otro contentientes se miraron.

El viejo, el del orín español, rendido á la evidencia, demostraba su conformidad con los ojos empañados de lágrimas.

El otro... casi moraba también, pero no conforme, con ese enviejamiento que da la humildad, sino que, despidiendo rayos de ira por su mirada, exclamó cerrando los puños:

—¡Lo ves?... ¡Lo que sucede en España no sucede en ninguna parte!...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

## Murmuraciones

El crimen de ayer—como dicen los vendedores de periódicos para acabar pronto—no fué tal crimen....

Quiero decir: no traspasó los linderos de las cosas ordinarias, ni hay necesidad de que los filósofos se tomen el trabajo de

pensar á qué causas y concausas obedecen estos hechos tan repetidos.

Un joven que amaba á una muchacha de vida airada, y á quien *el ama* de la muchacha le niega la entrada en el templo del amor....

El *ama*, incomodada con el muchacho, porque éste se fué de la lengua, avisa á su *jembro*.

Y el *jembro* va á pedirle satisfacciones al muchacho, y sale corriendo con una puñaladita. Esto es: fué por lana y salió trasquilado.

Como observarán mis lectores, el hecho es de los más vulgar que puede darse, y no hay que echarle la culpa al calor, ni decir que el aguardiente tiene la culpa.

Esto mismo ha pasado siempre y seguirá pasando en tanto haya en el mundo pasiones, muchachas de vida airada y chulos más ó menos valientes.

D. Carlos de Borbón y de Este ha anunciado que no cede sus derechos al trono de España por nada de este mundo.

Que él no será rey, pero que se lo llamará mientras exista para tener ese consuelo.

Me agrada la modestia de este hombre.

Por lo menos él no nos lleva nada por su reinado.

Y, después de todo, bueno es tener un rey en Venecia, otro en Roma y otro en España.

Hay necesidad de buscar otro para que tengamos los cuatro palos de la baraja.

La policía de San Petersburgo ha descubierto que los mismos asesinos que quitaron de enmedio á Alejandro de Servia estaban comprometidos á matar al príncipe de Sofía.

Y que no lo llevaron á caba por disonancias particularísimas.

Por ejemplo: no llegaron á ponerse de acuerdo en el número de puñaladas que necesita un príncipe.

Para un rey, ya se sabe: 27 tiros, 14 bayonetazos y unos cuantos insultos.

Con eso tiene bastante cualquiera majestad para morir como un colillero.

En Madrid se ha descubierto la mar de billetes falsos de mil pesetas, de ciento, de quinientos.... y otros cuantos de veinticinco y cincuenta, y de todo el monetario.

El Gobierno, que es muy listo, para defender al Banco, ordena que se persiga á los que los van cambiando....

Todo está bien; pero llegan y me dan uno de tantos como pago convenido conmigo por mi trabajo.

Resulta.... que no es corriente, y comienzo á andar los pasos y me llevo veinte días por ahí desesperado

con un papel que me dicen que está bien falsificado, pero que, si no lo quiero, puedo, si gusto, tirarlo.

El Banco, en tanto, sonríe. Cuando llega el fin del año, reparte sus dividendos....

¡Y yo me quedo pensando que me han robado, ¡de hijo!, sin saber quién me ha robado!

Acabo de enterarme de que los berros son el origen del cáncer.

¡Por algo le he tenido yo siempre asco á esa porquería!

¿Saben ustedes si le gustan los berros á Villaverde?

¡Berros á él, á ver si acabamos pronto!

*El Globo*, hablando del sufragio universal, ahora puesto en moda desde que los republicanos han hecho de él una especie de ácido fénico para extinguir los microbios de la monarquía:

“Por esto, el indudable fracaso del sufragio en España no es el fracaso de la democracia. Ganas de sutilizar tienen los que quieren arrastrar su pensamiento á tales paradójicos extremos. La democracia no tiene la culpa de que el ministro, el gobernador, el cacique y el dinero, suplantén la voluntad nacional. Aparte el problema, digno de ser considerado, de que en España hay una parte de nación, la más numerosa, que intelectualmente no existe. Para tener datos exactos de este espantable grupo, que vive en ciudades y

aldeas sólo la grosera vida material, sería preciso que las hojas de nuestro censo, además de las casillas donde se interroga: *¿Sabe leer?* y *¿Sabe escribir?* tuviese una donde pudieran responder *no* los que no saben pensar; los que, habituados á que otros piensen por ellos, no consideran el anhelo de posesión del propio juicio, ni siquiera como manía más ó menos funesta.”

Entonces resultaba todo lo contrario de lo que el colega cree.

Un español se conforma con no saber leer ni escribir, pero con no tener opinión, con no saber pensar lo que le conviene á los demás, con eso no se conforma.

Y de que es así, buena prueba la dan nuestros más grandísimos burgueses.

No obstante no entender *de letras*, como ellos dicen, y de *no tener tiempo* que perder leyendo periódicos, hacen testamento por millones y millones.

¿Quién los convence de que no saben pensar?

Telegrama urgente recibido por *El Noticiero Sevillano*:

“El rey se quedó esta tarde en los jardines de Palacio jugando.”

El señor ministro de Estado lo habrá puesto en conocimiento de las naciones extranjeras.

La iglesia del pueblo de Friol se ha incendiado.

Pero.... se han salvado las valiosas alhajas y las Sagradas Formas.

Del mal, el menos.

Se han quemado los santos, pero han quedado los adornos; quiero decir, los milagros.

Ocupábase días pasados un distinguido escritor en las cosas que suelen decir los hombres estudiosos cuando quieren dar golpe.

Y como oyera decir que nuestro suelo no produce, exclamó:

“Con el mismo suelo eran ricos los moros de Granada en el siglo XV, y son pobres los españoles granadinos en el siglo XX. Noventa mil telares de seda se movían en aquella ciudad en el tiempo de la conquista, y hoy apenas alguno *sabe* el manejo de un telar. Llamábase entonces á Granada la Damasco de Occidente por la abundancia de su producción de seda, y hoy no *saben* apenas allí el arte de la orfebrería. Quien en la España contemporánea quiera ser útil, marcha á Inglaterra, Francia, Alemania ó Bélgica para *aprender*, y cuando regresa, sirve. No es, pues, falta de capacidad en los españoles, sino falta de aptitud. La distinción entre nosotros estriba en los que *saben* y en los que *ignoran*. No es el espíritu de nuestra gente, sino la enseñanza, lo que no cumple su fin.”

O sea:

Que los moros, los hijos de Mahoma, hacían sudar á la tierra.

Y los cristianos, los hijos de Jesús, sacan de la tierra lo que ella quiere dar.

Conformes.

Hoy dice *El Noticiero*:

“El inspector de policía Sr. Ripoll ingresó anoche en la prevención civil.”

¿Por qué?

¡Pues si yo lo tenía por una buena persona!

Hablando de los cardenales que aspiraban al papado, escribe un colega:

“De un papable se esparció la voz de que tenía un hermano en presidio; de otro, que uno de sus parientes había sido ajusticiado bajo el régimen del poder pontificio; y de un tercero, el cardenal Rampolla, se ha publicado un documento probando que ha tenido un sobrino condenado á doce años de prisión.”

Entonces, ¿por qué dicen conclave?

Con haber dicho en *Roma está Cartagena* nos hubiéramos enterado todos.

CARRASQUILLA.

## Terrores en circulación

Aunque oigan ustedes hablar de próximas alteraciones de orden público en el país vecino, que pueden ser de gran resonancia y muy comentadas en España; aunque haya quien se encargue de omitir la proximidad de sucesos terroristas por el lado de los libertarios de la acción y del hecho; aunque haya quien trate de afirmar que se hacen aprestos de armas y pertrechos para los carlistas que cuentan hoy con dinero y con influencias y apoyo moral de una institución muy extendida por el mundo, que tiene un jerarca supremo que ejerce potestad *in partibus*;

Aunque se difunda la especie de que los enemigos de la sociedad, los mal avenidos con el sosiego y con la tranquilidad pública que pretenden alterar el equilibrio monárquico en que vivimos, lanzándose en aventuras que pueden poner a la nación a disposición de las cancillerías europeas para repartírsela como si fueran cerezas adquiridas en comunidad por un grupo de chucuelos;

Aunque se murmure de que los barcos ingleses, maniobrando en nuestras mares, enfilan sus potentes baterías a tierra y logran hollar el suelo español;

Aunque los propaladores de esas especies y otras tan estupendas hayan conseguido hacer que corra la especie por este sello de nuestro carácter que hace verdaderos fonógrafos de algunos espíritus impresionables;

Aunque les digan a ustedes que eso de los arsenales está arreglado, que el presupuesto de Guerra va a pasar como una seda, que es perfecta la unidad del gobierno y su política, aprobada y secundada por todos los grupos que constituyen la famosa y ya histórica conspiración vaticano-conservadora. Que Villaverde sigue con sus añejas gallardías y con sus arranques temerarios de la protesta estudiantil de 1885 y sus intransigencias feroces financieras. Que tiene plena confianza en el éxito de su política electoral, de sus procedimientos para ganar las elecciones municipales;

Aunque le digan a ustedes que en un balneario y ciudad de recreo donde están hoy fijas todas las miradas, hay pacientes tristes y llorosos y enfermos que no consiguen restaurar sus fuerzas con las suaves brisas marítimas y con los encantos de todas las distracciones y los cuidados exquisitos de la ciencia y los consuelos prodigados de una religión que tiene el privilegio de ser la verdadera, pero que no puede sanar a los enfermos ni lograr que remita un solo momento la fiebre pertinaz que poco a poco consume las fuerzas y mina el organismo;

Aunque se diga todo esto, aunque al oído se deslicen conceptos que nos hagan aparecer poco menos que bajo la acción mortífera de lava volcánica, no hagan ustedes caso.

Aquí reina la paz, el orden, la tranquilidad más completos que pueden apetecerse en el país de todas las venturas; porque aquí están en ejercicio todos los derechos, y los deberes se cumplen con admirable catoniana severidad por el gobierno, en primer término, tan respetuoso para las libertades públicas y los derechos de los ciudadanos como fiel guardador de la constitución y de las leyes; lo que tiene es que ha venido con la consigna de ganar las elecciones municipales, y para lograrlo apea al medio de informar a los ciudadanos de todos los horrores, alteraciones de orden público, amenaza de nuegas, etcétera, etcétera.

Por eso no deja a los republicanos reunirse, ni permite que se hable de la República francesa, ni nada de cuanto pueda perturbar su asiduo trabajo de escogitar todos los medios que halle a mano para derrotar a los pícaros republicanos; y hace bien porque ¡qué sería de la pobre España si ganáramos las elecciones y Villaverde pierda la confianza!

Horror da pensarlo, pero quizás andando el tiempo los vaticinios de los asalarriados se confirmen y lo que es un ardid político resulte en algún punto profético.

A.

## LOS TRES CONSEJOS

—Sin que os enojéis, yo sé un cuento más bonito que el vuestro—murmuró el viejo Mathieu en medio de las risas con que había sido recibida mi historia.

—Pues, decidlo pronto... Todos aplaudiremos con entusiasmo.

Y estrechados alrededor de la vasta chimenea, donde brillaba un fuego de troncos y piñas, mujeres y mozos, ya interesados, miramos al pastor llenos de malicia y de curiosidad.

—Mi historia se llama *Los tres consejos*—empezó Mathieu—pero yo no soy bastante listo para haberla inventado; la escuché una tarde en el Prado que Louiset tiene en los Alpes; hela aquí:

“En el fondo de la campiña, un pobre hombre llevaba nueve años sin dar descanso a los brazos. Al cabo la nostalgia le invade, y determina volver a su país, en las orillas del Gerona, cerca de Tolón, donde las mujeres son tan bellas y el clima tan dulce. Así, una hermosa mañana, el campesino dice a su amo:

—Señor, quiero arreglar mi cuenta.

—Tu cuenta está bien pronto—responde alegre el amo.—¿Quieres que te pague en dinero ó en consejo?

—¡Bah!—dice Toinón—usted se burla de mí, como todos los patronos gustan de divertirse con las pobres gentes.

—Pero ¿tú no sabes que un buen consejo no tiene precio?

—Es curioso—dice el mozo emocionado—dadme los consejos. Unos cuantos céntimos no habrán de enriquecerme y quién sabe lo que se puede esperar de los buenos consejos.

—Escucha, pues: “Toma siempre el camino recto.” “No preguntes nunca lo que no te importe.” “Antes de obrar en cualquier asunto, piénsalo nueve veces.”

Toinón se despidió de su amo, y emprende alegre su camino. A poco encuentra un buen hombre que le invita a acompañarlo.

—Si pudieras ir por esta vereda más pronto—le dice.

—No—responde Toinón—porque yo no me separo del camino recto.

Los dos viajeros se separan y una torrada cae sobre el compañero de Toinón, acribillándole a cornadas.

—Gracias, Dios mío—grita éste.—Estoy salvo por el consejo de mi amo.

A la mañana siguiente, el cielo se obscurece; la lluvia cae en gruesas gotas y los relámpagos se suceden unos a otros.

El pobre viajero ve brillar una luz en la montaña y se dirige a ella.

Es una choza; pide hospitalidad, y el dueño, malhumorado, le consiente que se eche a descansar en un rincón.

De repente, observa que el pastor se descalza y abre la puerta de un armario. Una mujer, envuelta en una especie de sudario, estaba dentro.

Coge el pastor un cráneo y coloca dentro un pedazo de carne de puerco, con un poco de agua; después, pálido como un espectro, lleva esta comida extraña a la mujer encerrada en el armario.

Toinón, lleno de espanto, lo observa todo, y arde en deseos de saber; pero recuerda el consejo: *Sé prudente, y no preguntes lo que no te importa.*

A la mañana siguiente, apenas alboriza, Toinón se levanta, disponiéndose a marchar; el dueño le dice:

—Amigo, sed dichoso por haberos dormido sin preguntarme lo que significa el armario donde hay una mujer encerrada. Todos los viajeros que han querido saberlo, recibieron un golpe mortal de mi cuchillo y los arrojé al pozo. Sólo usted fué prudente y discreto. La miserable que habéis visto comer carne de cerdo, es mi mujer, y el cráneo, de su amante. Yo les sorprendí un día, y para vengarme, la he condenado a comer en ese cráneo.

Toinón no contestó nada y marchó encontrando muy buenos los dos consejos de su amo.

Llegó a su aldea, y con extraordinaria sorpresa vió una mujer junto a un sacerdote, bello y gentil, que la acariciaba dulcemente.

—¡Oh!—murmura emocionado—es mi mujer, es Marta. ¡Traición! ¡Haber escapado tantas veces a la muerte para encontrar una esposa infame!

Quiere entonces buscar un arma para matar a los dos, y se acuerda del tercer consejo que le ordena reflexionar nueve veces, antes de tomar una resolución...

Entonces Toinón procura informarse y le dicen:

—Es Marta, la mujer de Toinón, que no se sabe dónde está y que abandonó el país para buscar trabajo hace ya mucho tiempo. El joven es su hijo a quien ella hizo estudiar en el Seminario y que hoy es nuestro vicario.

—¡Que Dios sea bendito!—grita Toinón con verdaderos transportes de alegría—pues si estoy aquí es gracias a los consejos de mi amo.

—¿No es verdad que la historia es bonita?—preguntó el viejo Mathieu acercando sus manos al fuego.

—Muy agradable—responde Hugo; pero Marta hubiera hecho mejor transformando a su hijo en un aldeano y no colocarle un traje de mujer, a la edad en que es tan hermoso sentirse hombre.

Y estrepitosas risas aprobaron la humorada.

AIMÉE FABREGUE

## Meditación taurómaca

El que esto escribe ignora absolutamente qué cosa sea un toro zafno, bragado, meleno, berrendo, corniveleto ó botinero. No sabe distinguir entre una estocada larga, caída, atravesada, pasada, tendenciosa y contraria. Los pases de telón le suenan a cosa de teatro, y no conoce otras verónicas que la del Calvario. A sus ojos profanos tanto monta un bajonazo como un intento de descabello, y lo mismo vale un volapié que una estocada recibiendo. Apenas si, por razón natural, se le alcanza lo que pueda ser un bicho tardo, cornalón, marrajo, retinto, de muchos pies, de muchas libras ó vizco del izquierdo. Con lo cual dicho se está que cuanto el infrascripto se permita afirmar acerca de la llamada fiesta nacional carece enteramente de aquella autoridad que sólo da la competencia.

En esto de hablar de lo que no se entiende pudiera el que suscribe autorizarse con numerosos y respetables precedentes. Dejémosles a un lado, y baste a disculpar su audacia una sola consideración. Aunque el mirón que contempla una partida de ajedrez puede ser un chambón completo, comparado con los que la juegan, suele ver jugadas que a los interesados se ocultan. De igual suerte el buen sentido descubre a veces en las cosas más recónditas puntos de vista nuevos que un hábito del pensamiento, transformado en prejuicio, impide hallar a los iniciados. En esto cabalmente estriba la superioridad indiscutible del sano sentido común sobre todos los doctrinarios.

Si provistos de ese arma potente de crítica penetramos en el circo taurino, a poco que echemos sobre el ruedo, como diría Castelar académico, los ojos del juicio, saltará a ellos una singular antinomia. Dos elementos constituyen aquel espectáculo, y son, por su orden, el animal y el humano. Analizando la ma era como uno y otro proceden en el desarrollo del drama taurino, nos hallamos sorprendidos por la más extraña paradoja.

Allí, si se exceptúan los caballos, nadie tiene más razón que el toro. El animal se conduce casi como un hombre; el hombre... casi como lo contrario. La gran festividad nacional es en el fondo el Waterloo de la razón y el Austerlitz del instinto.

Fiero, pujante, confiado en su labor y en sus fuerzas, previamente irritado por mezquinos procederes, saltó el toro al redondel, rebosando hermosa arrogancia. Deseóse un punto a contemplar con extrañeza la muchedumbre gárrula y audaz. Atentamente contra el tapo que, a guisa de provocación, se le ofrece. Lastimado por la pica, conforme a las inspiraciones de su carácter personal, huye del riesgo ó se cree al castigo. Brama de dolor ó de cólera. Se agita y sacude para librarse de la punzada del rebilete. Echa el suelo en ademan de desafío. Cansado de un combate estéril, busca el chiquero y cuando puede, salta la barrera. Hasta el último instante, obedeciendo las prescripciones de la ley natural, defiende su vida leal, valerosa, noblemente. Acribillado de heridas, rendido por la fatiga, atravesado a traición por un estoque invisible, acorralado por los mismos que hace pocos minutos huían de su pujanza, ífandese al fin y cae para entregar el valiente espíritu al golpe aleroso del cachete.

Pues ¿y el caballo? Modelo de fidelidad, gran sufridor de trabajos, allí va donde al hombre place llevarle. Su actitud en la plaza es el resul-

tado del terrible combate que libran, en su alma de animal, la lealtad y el instinto. A palos se le conduce al peligro. Para que ante él no retroceda, se le venda un ojo. Y ensangrentado, vaciado de sus entrañas, destrozado con las patas sus propios intestinos, reducido a la condición de un esqueleto que viviera por milagro, todavía sostiene a su dueño, le lleva al peligro y vuelve en busca de la muerte. Pero no hay que calumniar a la especie. Ni el más apasionado detractor de la raza caballar osará sostener que haya existido jamás un penco bastante insensato para ir a la lidia por su gusto, siquiera su fantasma de bestia pudiera ofrecerle, como premio de su hazaña, el más abundoso, nutritivo y suculento de los piensos.

¡Oh pequenez de la grandeza humana! El hombre, tan sólo se hace, en el circo taurino, merecedor de tal reproche. ¿Por qué aquellos guapos mancebos se visten de máscara y acuden presurosos a dar a la fiera burlada el timo de capec? ¿Por qué van a buscar, llenos de ardor, un peligro del que huyen a poco atropelladamente, con pérdida de la taleguilla? ¿Por qué aquellos hombres pesados, con piernas de hierro y un ruedo en la cabeza, cabalgan lanza en ristre sobre espectros de Rocinante para convertir en carnicería el morrillo de la fiera, a cambio de caer pesadamente ante sus astas, con la agilidad y gallardía que pudiera emplear en el mismo ejercicio un saco de patatas? ¿Por qué aquel galán cita al toro, llama su atención, le cautiva, le atrae, retirándose satisfecho cuando ha logrado colocarle uno de sus palillos un poco delante del rabo? ¿Por qué ese ilustre maestro, tras brindar como un obsequio la muerte de la fiera, se adelanta a ella con bizarría, armada la diestra del estoque brucida, provista la siniestra del rojo trapillo, y después de diez redondos, veinte de telón, treinta de pecho y cuarenta y cinco cambiados, pincha siete veces en hueso da una estocada tendenciosa, dos pasadas, tres caídas, cuatro atravesadas, recibe cinco avisos de la presidencia y acaba su faena, entre palmas y tabacos, con un magoífico volapié en los propios rubios? A menos que no sea el toro quien acabe cogiendo enganchado, embroquelado, entablado y mandando a la enfermería ó a la eternidad, al diestro transformado en torpe.

A todas estas preguntas los artifices del torero tienen aparejada una respuesta perentoria. O como decía gráficamente el malogrado *Espartero*: se exponen a las cornas de los toros para evitar las del hambre. ¡Razón de peso! Ciertamente es de lamentar que todas esas bravas gentes no alcancen a ganar su vida en profesiones más sedentarias. Pero pues ello es así, no sería yo quien les aconsejara que cambiasen la montera por el birrete, el traje de alamares por la muceta doctoral, el estoque por la pluma ó las banderillas por el microscopio para meterse a maestros, artistas, literatos ó sabios. ¡No en mis días! Sólo podría darles tal consejo quien fuera bastante rico para poder mañana recoger y amparar a sus huérfanos.

¡Lastima que esta exculpación del torero se convierta en inculpación para el respetable público! Si aquel peca por la paga, éste paga por pecar. Pero ¿se divierte tanto? ¿Quién no se representa en el tendido al aficionado de raza? Ebrio de ruido, de sol, de sangre, ya que no de vino; congestionada la faz, chispeantes los ojos, la voz enronquecida, depuesto todo respeto divino y humano, increpando al toro, al caballo, al picador, al banderillero, al espada, al presidente, al Padre Eterno; agotando a pleno pulmón el vocabulario rufanesco, furioso cuando no hay más caballos que despanzurrar ó cuando algún torero comete la inverecundia de querer salvar el pellejo; imperioso, arrogante, insolente, procaz; reclamando la suma de sangre y vidas que ha pagado con su dinero; verdadera encarnación del dígno y austero ciudadano de un pueblo libre.

Y preidiendo esa cátedra práctica de buenas costumbres, placida y serena sobre aquel mar enroscado de pasiones, como la luna sobre las tormentosas nubes, la paternal autoridad ve la porque aquellas matanzas se practiquen según las reglas, no sin recibir del concurso admoniciones severas y censuras inenarrables. En el circo taurino no rige el Código penal. La autoridad que suele responder con sablazos a las protestas y con tiros a los dictérios, depone su dignidad en los umbrales del santuario para recogerla a la salida. Como el esclavo antiguo, encorvado todo el año bajo el yugo, gozaba el día de las Saturnales el derecho de hombrarse con su dueño, así el súbdito español puede en la plaza poner de oro y azul a los representantes de esa autoridad que, fuera del sagrado recinto, acostumbra a ponerle verde. Es la única de las franquicias tradicionales que se conserva en España.

¡Misterios de la expiación! ¡Decretos inson-